

ha convertido en un sistema de vigilancia y control al que tienen acceso los cuerpos policiales.

(Des)centrando la tecnología en el análisis de sistemas sociotécnicos

El caso de Eurodac nos muestra cómo una herramienta diseñada para un fin puede ser reutilizada en cualquier momento para otros propósitos, cuestión especialmente sensible cuando se incluyen datos biométricos que identifican a las personas de por vida. En el campo humanitario, este tipo de riesgos han llevado a Oxfam, al contrario que a otras organizaciones, a establecer primero una moratoria y después un rechazo a la recogida de datos biométricos, que, concluyen, responde más a presiones de los donantes internacionales que a necesidades reales (Rahman et al., 2018). Frente a los proyectos de identidad centralizada, en los últimos años se ha propuesto soluciones de 'identidad autosoberana' como el proyecto ID2020, esto es, sistemas descentralizados bajo el control del usuario quién autoriza o no el acceso a sus datos a gobiernos y empresas. De nuevo, para valorar estos sistemas, debemos ir más allá de la tecnología e incluir las prácticas y contextos, ya que, como sucede en los campos de refugiados o en las fronteras europeas, ante una situación de asimetría de poder entre dos partes, la protección que ofrece el consentimiento informado no parece suficiente (Cheesman, 2020).

Además del riesgo de reutilización para otros fines, también existe un consenso sobre el efecto criminalizador de estos sistemas, que a menudo mezclan narrativas de lucha contra el fraude con la existencia de sistemas biométricos conectados que generan alertas a escala continental y son compartidos con organismos policiales. Esto no afecta sólo a los sistemas en uso, sino

también a proyectos de investigación financiados por la UE. El proyecto iBorderCtrl ha desarrollado y probado en varios países un puesto fronterizo inteligente que incorpora un detector de mentiras para diferenciar a migrantes de 'buena' o 'mala fé'. La supuesta tecnología y capacidades de iBorderCtrl han sido calificadas como pseudocientíficas y desmontadas técnicamente, lo que nos hace pensar que la función real de este tipo de proyectos no es la de realizar las tareas que dicen, sino más bien responde a una agenda política de creación de nuevos sujetos y gestión de poblaciones a través de la tecnología que determina, cada vez más, las oportunidades de vida y derechos fundamentales (Sánchez-Monedero & Dencik, 2020).

The research of Javier Sánchez Monedero was supported by a Starting Grant from the European Research Council (ERC) under grant number 759903.

La investigación de Javier Sánchez Monedero ha sido financiada por una subvención Starting Grant del Consejo Europeo de Investigación (número de subvención #759903).

Javier Sánchez Monedero
(University of Cardiff)

Referencias

Cheesman, M. (2020). Self-Sovereignty for Refugees? The Contested Horizons of Digital Identity. *Geopolitics*, 0(0), 1-26. <https://doi.org/10.1080/14650045.2020.1823836>

Latonero, M., & Hiatt, K. (2019, April 15). *Digital Identity in the Migration & Refugee Context*. Data & Society; Data & Society Research Institute. <https://datasociety.net/library/digital-identity-in-the-migration-refugee-context/>

Latonero, M., & Kift, P. (2018). On Digital Passages and Borders: Refugees and the New Infrastructure for Movement and Control. *Social Media + Society*, 4(1), 2056305118764432. <https://doi.org/10.1177/2056305118764432>

Lyneham, C. (2017, November 9). *EU's migrant fingerprinting system Eurodac under review*. DW.COM. <https://www.dw.com/en/eus-migrant-fingerprinting-system-eurodac-under-review/a-41311572>

Madianou, M. (2019). The Biometric Assemblage: Surveillance, Experimentation, Profit, and the Measuring of Refugee Bodies. *Television & New Media*, 20(6), 581-599. <https://doi.org/10.1177/1527476419857682>

Rahman, Z., Verhaert, P., & Nyst, C. (2018). *Biometrics in the Humanitarian Sector*. The Engine Room, Oxfam. <https://policy-practice.oxfam.org.uk/publications/biometrics-in-the-humanitarian-sector-620454>

Sánchez-Monedero, J., & Dencik, L. (2020). The politics of deceptive borders: 'Biomarkers of deceit' and the case of iBorderCtrl. *Information, Communication & Society*, 0(0), 1-18. <https://doi.org/10.1080/1369118X.2020.1792530>

UNHCR. (2018). *Guidance on Registration and Identity Management*. <http://www.unhcr.org/registration-guidance/>

No man's land? Cuerpos que importan en la democracia a lo Silicon Valley

Por Paz Peña O. (Al Sur, acoso.online)



Sobre el territorio del hombre blanco

No Man's Land, en castellano, puede ser traducido como "tierra de nadie". Estamos repletos de supuestas tierras de nadie: América, en su despojo por parte de Europa, el *Far West* gringo, e incluso las mismas zonas de sacrificio ambiental y social que, en nombre de la industria capitalista, aplastan a todas las especies que allí habitan porque, en el fondo, nadie importante ha reclamado esa tierra. El concepto *No Man's Land* es la operación ideológica base de las lógicas colonialistas que jerarquizan a las sociedades. Hay especies que importan más que otras; hay cuerpos que importan más que otros. Lo mismo ocurre con el territorio digital.

Los investigadores Nick Couldry y Ulises Mejias (2019), por ejemplo, hablan de un "nuevo estado del capitalismo" donde, con la producción y la extracción de datos personales, a través de plataformas especialmente diseñadas para eso, se naturaliza la apropiación colonial de nuestras vidas en general. El *No Man's Land* digital opera, así, en dos frentes. Por un lado, esta operación ideológica hace que los datos personales sean considerados como una materia prima que está naturalmente a disposición del capital, tal como si fuera un pozo petrolero. Y, por otro, donde las grandes empresas son consideradas las más capaces para su tratamiento y, por tanto, para

la apropiación de esa materia prima. Así, como el colonialismo histórico se presentó como un proyecto civilizador, hoy la sociedad se presenta como la beneficiaria natural del proyecto corporativo de explotación de datos.

Desenrollando esta provocación, se puede decir que el *No Man's Land* digital está al servicio, primariamente, no de cualquier capital, sino del capital del varón blanco y Occidental, que ha desarrollado lógicas capitalistas y extractivistas con los datos personales, las cuales están dispuestas para su servicio, goce y ganancia. Estas lógicas capitalistas del *No Man's Land* digital están acompañadas de una epistemología que, de acuerdo a la investigadora mexicana, Paola Ricaurte (2019), es una nueva evolución del paradigma pospositivista, y que se basa en tres supuestos: (1) los datos reflejan la realidad, (2) el análisis de datos genera el conocimiento más valioso y preciso, y (3) los resultados del procesamiento de datos ayudan a tomar mejores decisiones sobre el mundo. Para Ricaurte, esta epistemología va mucho más allá de Silicon Valley: se ha convertido en la dominante incluso en los Estados no occidentales, lo que hace que el colonialismo de datos se extienda por varias capas mucho más allá de la experiencia individual de personas con las plataformas comerciales.

Como todo proceso de colonización, se trata de un despojo forzado. Los mecanismos pueden ser

más civilizados que hace 500 años atrás, pero no por eso menos violentos, como los largos documentos de Términos y Condiciones, que muchas veces no están ni en nuestros idiomas propios, con lenguaje leguleyo imposible, forzando un consentimiento que es en extremo individual, solitario y desigual. Un simulacro liberal de individuos autónomos, libres y racionales que, en un documento notarial, higienizan la imposición y la dominación. Como si todas las personas pudieran libremente decir que NO, como sí, como dice Sara Ahmed (2017), la experiencia de estar subordinado no fuera también estar privado del NO y, por tanto, quedar a disposición de la voluntad del otro. En este contexto, los territorios digitales hegemónicos, contruidos sobre estos cimientos colonialistas, son más que un *No Man's Land*. Se trata, más bien, de un *White Man's Land*: el territorio del varón blanco.

Sobre la violencia de género en la White Man's Land

Vivir una vida sin violencia es un derecho humano. Las plataformas hegemónicas, en cambio, siguiendo las lógicas colonialistas, han preferido el extractivismo económico sobre los cuerpos de las víctimas. La violencia contra las mujeres es un daño colateral aceptable. Suena difícil de asumir cuando se trata de industrias más cercanas al liberalismo político gringo que al conservadurismo trumpiano, repleto estos últimos años de trabajadoras fervientes militantes del feminismo liberal. ¿Cómo puede esta gente tan liberal, educada y políticamente correcta optar por tratar la violencia de género como un hecho aceptable?

Esto es más fácil de entender cuando examinamos el activismo en contra de la violencia de género en las plataformas y las pálidas respuestas de las plataformas. En este 2020 quizás sea bueno recordar que, desde hace 15 años atrás, las

feministas de Asia comenzaron a presentar estudios sobre cómo las plataformas han facilitado esta violencia. Desde el 2013 ya hay un reconocimiento de los organismos internacionales sobre la existencia alarmante y mundial de la violencia contra la mujer en las tecnologías. Estamos en el 2020 y los avances sustanciales para combatir la violencia de género por parte de las plataformas han sido pobrísimos. Más bien, una serie de avances superficiales, de políticas aún poco claras, de canales de denuncia que no te escuchan, que te dan la espalda. De cifras inexistentes.

No tener cifras de denuncias y de acciones sobre violencia de género es una de las constantes en las tecnologías hegemónicas. Twitter, por ejemplo, no publica cifras a pesar de que, por ejemplo, una persona puede potencialmente denunciar un contenido por difusión no consentida de imágenes íntimas. Facebook, que de igual forma tiene una herramienta para denunciar, muestra un reporte muy general, global, que no permite ni especificidad del fenómeno ni vista geográfica. Cifras que de poco sirven.

La transparencia en estas materias es una anhelada demanda desde el activismo feminista. Tener transparencia sobre cifras de violencia de género significa tener una dimensión real del problema y, por ende, desarrollar investigaciones, campañas y políticas públicas sobre la materia. Parece curioso que plataformas que se dedican a recoger y segmentar cada mínima interacción de una persona en una plataforma - y no solo de las y los usuarios de sus servicios- digan NO tener datos sobre violencia de género. Más bien, sabemos, se trata de una operación de ocultamiento. No vayan a pensar las mujeres que no están seguras en su plataforma. No vayan las mujeres a abandonar la plataforma y dejarlos sin negocio: hay industrias que se construyen sobre los cuerpos de otros.

Hay negocios que se construyen sobre la tercerización de los cuerpos de otras. Poco se ha

hablado de cómo, en la práctica, las plataformas han tercerizado gratis el trabajo de denuncia con las víctimas. Son las activistas las que han tomado el peso de guiar a víctimas de violencia de género online por los sinuosos caminos de evitar el acoso y buscar respuestas en las plataformas. [Son ellas las que dedican su tiempo y se exponen también a violencia](#). Son ellas las que deben avisar a contactos en las plataformas sobre los errores de sus algoritmos o de sus moderadores humanos. No hay pago por esos servicios. No hay apoyo por esos servicios..

Para feminismo liberal, el mismo cooptado por las plataformas hegemónicas, la violencia de género en las plataformas es un problema de omisión, no un daño colateral ante un modelo de negocio que se hace millonario con las interacciones de las personas, no importando si esa interacción se hace con discursos de odio con misoginia, con ataques violentos a mujeres y otros grupos minorizados. El problema, dicen, sería la falta de diversidad de los equipos tecnológicos. Es curiosa esa lógica. Porque si bien la brecha de diversidad es evidente y hay que remediarla, termina esencializando el amplio abanico de identidades, razas, géneros, clases sociales, etcétera.

Más preocupante aún es que son afirmaciones como las que hacen Catherine D'Ignazio y Lauren F. Klein que en un libro llamado ["Data Feminism"](#), al referirse a cómo el campo de la ciencia de datos y de la Inteligencia Artificial está dominada por varones blancos de élite, hablan del "riesgo del privilegio" que, según ellas, sería el fenómeno que hace que quienes ocupan las posiciones más privilegiadas entre nosotras —aquellos con buena educación, credenciales respetadas y reconocimientos profesionales— estén pobremente preparados para reconocer casos de opresión en el mundo. Según esta interpretación, la élite de los *tech bros* sería víctima de su propia segregación. La opresión es una omisión, casi un mal

entendido histórico. El privilegio se ha construido en el aire, el dominio económico es solo una casualidad no intencionada.

Pero el dominio económico del capital es una parte esencial de las tecnologías hegemónicas y de la construcción de sus élites. [Las cifras lo dicen y lo refrendan en esta pandemia](#): se trata de una industria multimillonaria como nunca antes habíamos visto, porque además su dominio se basa en acaparar servicios, hacerlos más baratos, precarizar el sistema laboral y, por ende, hacer que solo un puñado de varones blancos se enriquezcan de forma brutal. El privilegio se construye conscientemente sobre el aplastamiento de cuerpos que para su capital no importan.

En contra de las soluciones

¿Cómo salimos de este embrollo, entonces? La tecnología hegemónica nos ha inundado de soluciones: juntas externas independientes que resultan influir poco y nada y que ellos mismos regulan y seleccionan, tardíos códigos de ética, comisiones internas para revisar los prejuicios de sus plataformas, descartando que terceros, de forma transparente y participativa, revisen sus decisiones algorítmicas, entre otras.

Pero quizás la llave para salir de este embrollo es justamente que nadie tiene la llave. Que aquellos que dicen que la tienen, mienten, y lo saben. Que antes de buscar soluciones como explicaciones totales y erectas, típicamente masculinas —[como diría Joanna Zylinska](#)— quizás sería mejor concentrarse en el problema o, más bien, parafraseando a [Isabelle Stengers](#), pensar juntas el problema. En el por qué es un problema y, quizás más difícil, en el para quiénes es un problema y en si las preguntas que estamos haciendo quizás sean parte del problema. La llave de este embrollo es que partes de esa llave está dispersa en miles de lugares y solo buscamos en un puñado.

El problema con las tecnologías hegemónicas es que mienten, descaradamente. Nos dicen que son pura automatización pero son cientos de miles los trabajadores y trabajadoras que son invisibilizadas bajo la fiebre del clic. Nos dicen que son un aporte a la democracia y son profundamente autoritarias. Que son participativas y son solo un modelo oscuro de decisiones de arriba hacia abajo. Que son disruptivas y solo son una continuación de las estructuras de poder. Hoy nos dicen que son éticas y mañana nos dirán que son feministas y decoloniales. Con todas las etiquetas posibles se disfrazarán para distraernos de no examinarlas, transparentarlas, exigirles cuentas, achicarlas o derechamente de regularlas.

El problema de las tecnologías hegemónicas es que no se construyeron en un territorio baldío. Que acá ya habían datos de cuerpos con una historia. Y que esa historia se cuele por sus decisiones algorítmicas. Y que hoy habrán parches, pero no resistirán el peso de la historia.

Que los territorios, por más baldíos que parezcan, siempre tienen alguien que los reclame. Sobre todo, cuando la violencia de su colonización ha sido sostenida. Y en ese conflicto, en ese reclamo del territorio digital, se abrirá el verdadero proceso de democratización digital.

Paz Peña O.

(Al Sur, [acoso.online](#))